

cosa que la unión de dos lambdas (M), afirma Marcos el Mago (16, 1-2).

d) *Especulaciones y exégesis gnósticas relativas al Pleroma (17-18)*

Los tres capítulos precedentes referían las especulaciones de Marcos, llevadas a cabo con las letras y las cifras como tales, cuyas particularidades y relatos reflejaban algo de los misterios del mundo de los Eones. Los capítulos 17 y 18 muestran a los discípulos de Marcos recogiendo testimonios en favor de su Pleroma y de sus grandes divisiones. Pretenden hallar esos testimonios tanto en nuestro mundo visible como en las santas Escrituras.

Ante todo en nuestro mundo visible.

Sin duda la creación, según ellos, había sido obra de un Demiurgo ignorante, mas, como era movido en su ignorancia por su Madre Acamath, había hecho el mundo tal como ella lo había querido, es decir, a imagen de las realidades del Pleroma. Así se explica, por ejemplo, que la Tétrada tenga su imagen en los cuatro elementos: fuego, agua, tierra y aire; que la Ogdóada tenga la suya en esos mismos cuatro elementos, acompañados de sus cuatro propiedades respectivas: cálido, frío, húmedo y seco; que la Década esté representada por los diez cuerpos celestes y que la Dodécada lo esté por los doce signos del Zodíaco.

Las divisiones del tiempo reflejan, también ellas, al Pleroma y sus divisiones: Treinta días lunares, doce meses solares, doce horas del día, etc. De la misma manera la división de cada uno de los signos del Zodíaco en treinta grados, la división de la tierra en doce zonas (17, 1-2).

Después, en las santas Escrituras y en particular en el Antiguo Testamento.

Los discípulos de Marcos quieren hacer ver lo mismo en el primer capítulo del Génesis. Ante todo un resumen complaciente de nombres, que figuran allí, les permite hallar la primera Tétrada (Gen. 1, 1), la segunda Tétrada (Gen. 1, 2), la Década (Gen. 1, 3-13) y la Dodécada (Gen. 1, 14-2J3). El hombre mismo, mode-

lado «a imagen» (Gen. 1,26) de la «Virtud» de arriba, lleva en su cuerpo la huella de la Triacóntada (Treintena) entera y de todas sus divisiones.

Viene a continuación una lista copiosa de pasajes escriturarios donde figuran unos números, en los que los herejes creen descubrir otras tantas indicaciones veladas de su Pleroma y de sus grandes divisiones: la Tétrada (en Gen. 1, 19; Ex. 26, 1; Ex. 28, 17), la Ogdóada (en Gen. 2, 7; Gen. 7, 7 y I Pedr. 3, 20; I Sam. 16, 10-11; Gen. 17, 12), la Década (en Gen. 15, 19-20; Gen. 16, 2-3; Gen. 24, 22; Gen. 24, 55; I Sam. 11, 31; Ex. 26, 1; Ex. 26, 16; Gen. 42, 3; Jn. 20, 24), la Dodécada (en Gen. 35, 22-26; Gen. 49, 28; Ex. 28, 21; Ex. 24, 4; Jos. 4, 9-20; Jos. 3, 12; I Sam. 18, 31), la Triacóntada (Treintena) (Gen. 6, 15; I Sam. 9, 22; I Sam. 20, 5; II Sam. 23, 13; Ex. 26,8) (18, 1-4).

e) *Exégesis marcosianas relativas al Padre desconocido (19-20)*

A la serie de textos escriturarios, en los que los Marcosianos pretenden hallar un eco de sus especulaciones aritméticas, agrega Ireneo un cierto número de otros textos escriturarios, considerados adecuados para apoyar la tesis gnóstica, según la cual el Padre ha sido completamente ignorado de los hombres, hasta la venida de Cristo, no siendo verdadero Dios el Dios del Antiguo testamento, sino un Demiurgo inferior.

Así están las palabras, por las que los profetas reprochaban a los judíos su ignorancia de Dios (Is. 1, 3; Oseas 4, 1; Ps. 13, 2-3).

Así también la palabra de Moisés, afirmando que nadie puede ver a Dios y vivir (Ex. 33, 20): esta palabra, prueba, según los gnósticos, que aquel, que veían los profetas, no era el verdadero Dios, sino solamente el Demiurgo.

De la misma manera también la palabra del Ángel a Daniel referente al misterio destinado a no ser conocido hasta el tiempo del fin (Dan. 12, 9-10) (19, 1-2). Mas los Marcosianos, no contentos de invocar el Antiguo Testamento, recurren también a los Evangelios, apócrifos incluidos. Tienen así: esta palabra de un

Evangelio apócrifo, según la cual, tal como interpretan los gnósticos, Jesús ha reivindicado para sí el conocimiento del «alfa», es decir, del Padre desconocido. De la misma manera diversas palabras de los Evangelios canónicos, según las cuales, siempre tal como interpretan los gnósticos, Cristo ha anunciado o hecho anunciar, por medio de sus apóstoles, a un Padre, al que ignoraban los hombres antes de él (Luc. 2, 49; Mat. 10, 5-6; Mat. 19, 16-17; Mat. 21, 24-27; Euc. 19, 42).

Igualmente sobre todo una palabra de Cristo, especialmente perentoria a juicio de los gnósticos, que éstos citan de la siguiente manera: «Nadie ha conocido al Padre sino el Hijo... Y aquél a quien el Hijo ha revelado» (Mat. 11, 25-27): palabra que atestigua claramente, según ellos; que nadie ha conocido al verdadero Dios antes de la venida de Cristo y que, por tanto, el Dios conocido de los profetas no era más que un Dios subalterno (20, 1-3).

f) *Diversidad de ritos de «redención» en uso entre los Marcosianos (21)*

Después de haber referido de esta manera con todo detalle: las doctrinas de los Marcosianos, así como los textos escriturarios en que tratan de apoyarse, vuelve Ireneo a una de sus prácticas características de que ha hablado ya en 1, 13,6, a saber, al rito de la «redención».

Según los Marcosianos, esta «redención» es el único verdadero bautismo, el que hace «perfecto» y sin cuya recepción no hay posibilidad de entrar en el Pleroma. Este es el bautismo «espiritual», al que se refieren, según ellos, algunas palabras de Cristo (Luc. 12, 50; Mat. 20, 22) y de S. Pablo (Rom. 3, 24; Ef. 1, 7; Col. 1, 14) (21, 1-2).

Mas los Marcosianos, aunque están de acuerdo en cuanto a la necesidad de esta «redención», se oponen en cambio los unos a los otros en cuanto se trata de determinar las modalidades concretas. Así unos disponen de una cámara nupcial en la que celebran un matrimonio «espiritual». Otros llevan a cabo un bautismo de agua, pero invocando no a la Trinidad cristiana, sino al

«Padre desconocido», a la Verdad, y a «Aquel que descendió sobre Jesús» (es decir, al Salvador).

Mientras éstos llevan a cabo un bautismo de agua, otros se imaginan toda clase de invocaciones diversas, que entremezclan, si llega el caso, con frases en lengua hebrea. Otros se contentan con derramar sobre la cabeza una mezcla de aceite y agua, pronunciando diversas fórmulas. Otros rechazan sin más todos los signos sensibles: según ellos, es la «gnosis» misma la «redención», puesto que ella elimina las ignorancias de donde ha surgido la deficiencia y la pasión. En fin, hay quienes celebran una especie de liturgia de moribundos: vierten sobre la cabeza de éstos aceite y agua, haciendo sobre ellos diversas invocaciones, a fin de que puedan atravesar sin tropiezo los diferentes ciclos y subir hasta el Pleroma; encomiendan a los moribundos unas fórmulas, que éstos tendrán que pronunciar en el transcurso de su viaje al más allá y gracias a las cuales se librarán de los Poderes cósmicos y del Demiurgo mismo (21, 3-5).

3. La «Regla de la Verdad» (22)

Después de haber dedicado toda la sección central de la segunda parte del Libro I a poner en evidencia la variedad de los sistemas heréticos, Ireneo vuelve, a modo de conclusión, a lo que ha sido el objeto de la primera sección: la unidad de la fe de la Iglesia. En contra de los gnósticos, que parecen tener, como su preocupación primordial, el agregar sus nuevas invenciones a las de sus predecesores, los fieles de la Iglesia guardan la «Regla de la Verdad», y esta «Regla», así guardada, asegura la unidad de su fe.

De esta «Regla de la Verdad», Ireneo no juzga necesario recordar todo su contenido, como lo ha hecho el I, 10, 1. Le es suficiente aquí recordar y desarrollar brevemente el primer artículo, para oponerse, de la manera más categórica, al error funda-

mental de los gnósticos, que es lo que los diferencia de los demás, a saber, el rechazo del Dios Creador y de su obra.

Citando implícitamente un texto que es anterior a él¹, comienza Ireneo con el enunciado mismo de la fe en toda su brevedad y precisión: «Existe un solo Dios todopoderoso, que ha creado todas las cosas por medio de su Verbo.

Siguen dos textos de la Escritura: Uno del Antiguo Testamento (Ps. 32, 6), el otro, del Nuevo (Jn. 1, 3), que aseguran ya con toda claridad lo que se halla como codificado en la «Regla de la Verdad»: la creación de todas las cosas por medio del Verbo de Dios. A continuación, Ireneo pone de relieve maravillosamente la universalidad absoluta de la empresa creadora de Dios. De una parte, Dios, con su Verbo y su Espíritu. Por otra, absolutamente todo lo que no es Dios, o sea, los seres visibles, sensibles y destinados a no durar más que un tiempo determinado, y los seres invisibles, inteligentes y hechos para una duración sin fin. Entre estos seres, que Dios ha creado por medio de su Verbo y de su Espíritu, está por tanto el mundo y, en el interior de ese mundo, el hombre con su cuerpo. Este Dios, que ha creado todo y no hay nada superior a él, es el Dios de los Patriarcas y de todo el Antiguo Testamento, y es asimismo el Padre de Cristo y el Dios de la Nueva Alianza.

Tal es el primer artículo de la «Regla de la Verdad». Basta profesarlo, proclama en conclusión Ireneo, para estar inmunizado contra las argucias de los que se creen de una esencia superior a la de su Creador y rechazan su obra como mala.

¹ El texto en cuestión figura en «Pastor de Hermas. Mand. 1,1. (Nota de Adelin Rousea).

TERCERA PARTE

ORIGEN DE LOS VALENTINIANOS (23-31)

Las líneas finales del capítulo 22 sirven de transición: señalan el final de la segunda parte y anuncian el objeto de la tercera

Este objeto está brevemente formulado: hace conocer «la fuente y la raíz» de donde procede la «gnosis» valentiniana, expuesta a todo lo largo de las dos primeras partes. Conociendo el árbol, se podrá juzgar realmente del valor del fruto.

Ahora bien —y es esto lo que Ireneo se propone mostrar en la tercera parte del libro— la gnosis valentiniana, como también las grandes herejías que le preceden, tienen su origen en Simón el Mago, el heresiarca de quien la Escritura misma ha señalado el error.

Como se ve, en esta tercera parte, lo mismo que en las dos primeras, la mira de Ireneo es polémica: se propone sin duda hacer una exposición, y una exposición del todo verdadera y objetiva, mas quiere también aquí que esta exposición constituya ya una refutación virtual de los errores que serán expuestos.

Se puede dudar de cuál sea la mejor manera de concebir la disposición de esta tercera parte. Porque al considerar el desarrollo manifiestamente recapitulador del libro 1, 27, 4, se podría considerar este párrafo como algo que separa una primera sección de una segunda: Tratando la primera de Simón el Mago y un cierto número de heresiarcas que se inspiran más o menos estrechamente en su pensamiento (cap. 23-27). Y describiendo la segunda diversos grupos o sectas que se sitúan en el mismo camino de las precedentes: primeramente las sectas o tendencias, opuestas del cap. 28, después los «gnósticos» de los capítulos 29 y 30.

Sin embargo, creemos que alguna otra división, ligeramente diferente de la precedente, corresponde mejor a la intención profunda de Ireneo, que habitualmente distingue, en la serie de herejes anteriores a Valentín, dos grupos bien diferenciados: de una

parte, los antepasados o antecesores lejanos a él, de otra, los antecesores inmediatos.

Una indicación de las más categóricas en este sentido está dada por Ireneo al principio del Libro I, 31, 3. Echando una mirada atrás y abarcando de un vistazo toda la tercera parte del Libro, escribe: «He aquí de qué padres y de qué antepasados han salido los discípulos de Valentín, tal como revelan sus doctrinas y sus sistemas».

Los padres de los valentinianos son los «gnósticos», cuyos sistemas han sido expuestos largamente en los capítulos 29 y 30; en cuanto a sus antepasados, son los Simonianos, de quienes proceden los «Gnósticos mismos».

A esta división en antecesores lejanos y antecesores inmediatos harán eco estas líneas del Prefacio del Libro I: «Hemos dado a conocer la doctrina del antecesor de los valentinianos, Simón, el Mago de Samaría, y, de todos aquellos que le han sucedido; hemos hablado igualmente de la cantidad de ‘Gnósticos’ procedentes de él».

Basándonos en esta doble indicación de Ireneo, dividiremos la tercera parte en dos secciones: la primera tratando de los antepasados de los Valentinianos (cap. 23-28); la segunda, tratando de los «Gnósticos» o antecesores inmediatos de los Valentinianos (cap. 29-31).

1. Los Antepasados de los Valentinianos (23-28)

a) Simón el Mago y Menandro (23)

Resumiendo y citando parte de los Hechos de los Apóstoles, Ireneo comienza por presentar la persona de Simón: es un mago de Samaría, que se hace pasar por «el Poder de Dios» y que se llama «el Gran Poder». Considerando a los Apóstoles como otros magos, más hábiles que él les ofrece dinero para tener también él los mismos poderes. Se conoce la dura respuesta de Pedro. Ello

no le impide entregarse cada vez más a las prácticas mágicas y llegar a ser el fundador de una secta que lleva su nombre (23, 1).

¿Cuáles son las líneas maestras de su doctrina? Recorriendo el país con una cierta Helena, una prostituta redimida por él en Tiro, enseña que él es el «Poder Supremo» y que ella es su «Concepción», por la que ha hecho al principio los Ángeles Creadores del mundo. Estos Ángeles, por envidia, no reconocen a nadie superior a ellos y, ávidos de ejercer un dominio tiránico sobre los hombres, han retenido prisionera en este mundo a la «Concepción» de Simón, obligádola a pasar sucesivamente a diferentes cuerpos de mujer, entre las que se halla esa Helena, que fue causa de la guerra de Troya. Últimamente esa «Concepción» ha residido en una prostituta de Tiro, y es allí adonde Simón ha ido a liberarla de sus cadenas (23, 2).

No ocurre esto solamente con ella, pasa lo mismo con todos los hombres, que quiere librar de la tiranía de los Ángeles, Creadores del mundo.

Por eso ha descendido a nuestro mundo, tomando la apariencia de un hombre. En lo sucesivo no será preciso preocuparse más de los Ángeles y de las órdenes dictadas arbitrariamente por ellos, con el fin de reducir a esclavitud a los hombres: liberados los hombres, tienen la facultad de hacer lo que les venga en gana, porque es la «gnosis» de Simón la que proporciona la salvación y no las pretendidas obras «justas» (23, 3-4).

Tal es, a grandes rasgos, la doctrina atribuida por Ireneo a Simón el Mago y a los Simonianos. Si se acepta esta presentación, se tendrá que reconocer que todo lo esencial de la «gnosis» se encuentra ya en Simón, especialmente la distinción entre el Poder demiúrgico (= los Ángeles) y el Padre Supremo (o sea Simón mismo junto con su compañera Helena), la depreciación correlativa de nuestro mundo material, la salvación por medio de la «gnosis» y el carácter indiferente de los actos humanos.

A pesar de sus divergencias sin número, todos los sistemas, que vengan a continuación, no serán más que variaciones indefinidamente entretejidas alrededor de un error fundamental: La

negativa de atribuir al único Dios Verdadero la creación de nuestro mundo de materia y de carne, o, si se prefiere, la pretensión de encumbrarse sobre el Dios Creador, para alcanzar a un Dios Superior a él.

La reseña dedicada a Simón está seguida de algunas líneas referentes a Menandro, sucesor de Simón, Samaritano y Mago como él.

Menandro sigue la doctrina del maestro; la enriquece únicamente, entregándose a sí mismo como «Salvador» enviado de lo alto para comunicar la «gnosis» a los hombres (23, 5).

b) Saturnino Basílides (24)

Inspirándose en las tesis de Simón y de Menandro, dos hombres acaban en dos sistemas totalmente divergentes: el uno es Saturnino, en Antioquía; el otro Basílides, en Alejandría.

Como Simón, Saturnino pone, en la base de su sistema, la distinción entre el «Poder Supremo» y los Ángeles demiurgos. El hombre ha sido hecho, también él, por los Ángeles, mas el «Poder Supremo» deposita en algunos hombres una «chispa de vida». De las dos razas de hombres, una es buena por naturaleza, la otra mala también por naturaleza. El Salvador ha venido con una carne puramente aparente para liberar del yugo del Dios de los judíos, que es uno de los Ángeles demiurgos, a aquellos que creen en él, es decir, a los hombres buenos por naturaleza. A su muerte, la «chispa de la vida» salta al Poder Supremo, en tanto que el resto de su ser se disuelve en los elementos de que ha sido hecho. Como consecuencia de esta doctrina dualista, Saturnino preconiza el rechazo de la obra de los Ángeles demiurgos: condena el matrimonio, la abstinencia de viandas y otras prácticas rigoristas (24, 1-2).

Basílides, también él, hace distinción entre el «Padre ingénito» y los Ángeles y Arcontes, que han hecho nuestro mundo, mas, para subrayar más la trascendencia de ese «Padre», multiplica la serie decreciente de intermediarios. «El Entendimiento», el «Logos», la «Prudencia», la «Sabiduría», el «Poder», y, a conti-

nuación, por debajo de ellos, una cantidad innumerable de Virtudes, de Arcontes y de Ángeles que proceden sucesivamente los unos de los otros, creando 365 cielos y, finalmente, en la región más baja del universo, está nuestro mundo. El Dios de los judíos es el jefe de los Arcontes y de los Ángeles que han hecho nuestro mundo, y ocupan el cielo más bajo.

Entre estos Arcontes y Ángeles existen ciertas rivalidades de que los hombres, sus subordinados, se aprovechan.

Para liberar a los hombres de su yugo, el Padre ingénito envía a su Hijo, el Entendimiento, que aparece en este mundo bajo las apariencias de un hombre, realiza unos prodigios y revela al verdadero Dios. Los arcontes, por medio de los judíos, tratan de apoderarse de él, para crucificarle; mas él obra de suerte que sea crucificado Simón de Cirene en su lugar, y él regresa a su Padre burlándose de los Arcontes. Los que confiesen al «crucificado» siguen por tanto esclavos de los autores de este mundo. En cambio los que confiesen a Aquel que no ha tenido más que la apariencia de un hombre y ha sido crucificado sólo aparentemente, esos quedan liberados y conocen al ingénito Padre; no tienen nada que ver con el Dios de la ley y pueden entregarse sin temor a las acciones que les plazcan, incluidas todas las formas posibles de libertinaje; después de su muerte sus almas ascenderán, a través de todos los cielos, hasta el Padre ingénito, sin que ni Ángeles ni Potestades estén en condiciones de dificultar su marcha (24, 3-7).

c) Carpócrates y sus discípulos (25)

Después de estos dos sistemas, tenemos a Carpócrates y sus discípulos, que van a parar, a partir del fundamento mismo dualista a unas actitudes de vida diametralmente opuestas.

La doctrina de Carpócrates tiene también como base la distinción entre el «Padre ingénito» y los Ángeles, autores del mundo.

Algunas almas, como la de Jesús, que no es más que un hombre ordinario, hijo de José y de María, son de una excelencia peculiar, por el hecho de que vienen de la esfera del Padre ingé-

nito. Más fuertes que las demás, son capaces de menospreciar las leyes que los Autores del mundo han impuesto a los hombres y por medio de las cuales los tienen bajo su poder. Por haber sabido la manera de librarse del yugo de los Ángeles y de los Arcontes, estas almas, cuando abandonan su cuerpo, se sienten capaces de atravesar sin obstáculos todos los espacios celestes y de ascender hasta el Padre (25, 1-2).

Según el cuadro que junta Ireneo de la conducta de los Carpocratianos, éstos parecen haber llevado hasta sus últimas consecuencias la libertad de toda acción. No contentos con autorizar las peores vilezas, han llegado a hacer de ellas la materia de una auténtica obligación: porque, según ellos, no hay posibilidad de librarse del poder de los Ángeles, que han hecho el mundo, mientras no se agote, bien en una sola vida, bien en muchas vidas sucesivas, toda la suma de rebeliones posibles contra la Ley dictada por el Jefe de los Ángeles (25, 3-5).

Entre los defensores de las doctrinas carpocratianas, menciona Ireneo a una tal Marcelina, que llegó a Roma en la época de Aniceto e hizo numerosos adeptos (25, 6).

d) Cerinto (26, 1)

Cerinto, cuya actividad se sitúa en Asía Menor, enseña la siguiente doctrina: El mundo no ha sido hecho por el Dios Supremo, sino por un Poder inferior, que ignoraba a ese Dios. Sobre «Jesús», nacido de José y de María, ha descendido, en el momento del bautismo del Jordán, «el Cristo» procedente del Dios Supremo; este «Cristo» ha anunciado entonces al Padre desconocido y obrado unos milagros; en el momento de la Pasión ha vuelto al Padre, y Jesús, él solo, ha sufrido, ha muerto y ha resucitado.

e) Ebionitas y Nicolaitas (26, 2-3)

Tiene lugar aquí una noticia muy breve, relativa a una secta no dualista, la de los Ebionitas. ¿Por qué Ireneo menciona aquí a

esta secta? Porque, aunque los Ebionitas no rechazan el primer artículo de la «Regla de la Verdad», tal como lo han hecho todos los herejes de quienes se ha hablado en la cuestión precedente, tienen en común con Cerinto y Carpócrates un grave error cristológico, porque no quieren ver en Cristo más que un hombre corriente. En resumen, los Ebionitas rehusan abandonar el Judaísmo, para abrirse a la novedad del Evangelio (26, 2).

A la breve noticia referente a los Ebionitas, Ireneo une otra, más breve todavía, concerniente a los Nicolaitas. Menciona ésta solamente el carácter licencioso de su conducta. ¿Comparten las tesis dualistas de los herejes citados anteriormente? El conjunto del contexto parece insinuarlo así (26, 3).

f) Cerdón y Marción (27)

Con Cerdón volvemos al dualismo más brutal. Este herejarca reside en Roma durante el pontificado de Higinio. Enseña que el Dios justo, que han anunciado la Ley y los profetas, es distinto del Dios bueno, que es el «Padre» anunciado por Cristo: el primero era conocido, el segundo se mantuvo desconocido hasta la llegada de Cristo (27, 1).

Estas tesis son desarrolladas poco después por Marción, quien, originario del Ponto, viene a Roma durante el pontificado de Aniceto.

Según Marción, el Dios del Antiguo Testamento, que es el Autor del mundo, es un ser cruel, vengativo e inconstante. Jesús, enviado por el Padre bueno para liberar a los hombres, ha aparecido con la forma de un hombre a los habitantes de Judea en la época de Tiberio, y ha abolido la Ley, así como todas las disposiciones emanadas del Dios del Antiguo Testamento. Marción pretende volver las Escrituras a su pureza primitiva, no admitiendo más que el Evangelio de Lucas y las epístolas de Pablo, de estos mismos expurgaba todo lo que dejaba traslucir que el Creador del mundo era el Padre de Cristo. Marción sólo admite la salvación de las almas, y de aquellas solamente que se abren a la Liberación que Jesús les trae de parte del Padre. Según él, las

almas de los justos del Antiguo Testamento no participan de esa salvación, porque al mantenerse obstinadamente fieles a su Dios, han rechazado la liberación, que Jesús les ofrecía con su descenso a los infiernos (27, 2-3).

g) *Diversas sectas (28)*

Después de algunas líneas, que resumen y en las que subraya él la continuidad profunda existente entre la doctrina de Simón el Mago y todas las herejías posteriores (I, 27, 4), Ireneo abraza de un golpe de vista global toda la multiplicidad de sectas surgidas de los jefes de fila, de que se ha tratado hasta aquí.

De un lado, inspirándose en las tesis de Saturnino y de Marción, están las sectas de tendencia rigorista, como los Encratitas, que rechazan el matrimonio, se abstienen de algunos alimentos, y niegan la salvación del primer hombre. En el número de estos Encratitas, menciona Ireneo a Taciano, primero discípulo de Justino, a continuación, después del martirio de aquél, apóstata y hereje (28, 1).

Del lado opuesto, inspirándose en Basílides y Carpócrates, están las sectas que otorgan a sus miembros la libertad, para realizar cualquier acción, especialmente en materia sexual, con el pretexto de que el verdadero Dios no tiene nada que ver con nuestro mundo material (28, 2).

2. Los «Gnósticos» o antecesores inmediatos de los Valentinianos (29-31)

Todos los herejes mencionados hasta aquí es decir Simón el Mago, y todos los que de alguna manera han sido sus seguidores los considera Ireneo como los antecesores lejanos o «antepasados» de los Valentinianos.

Él va a dedicar ahora muchas páginas a otros continuadores de la herejía de Simón el Mago, en los que ve los antecesores inmediatos o «padres» de los Valentinianos: son éstos los que,

tanto aquí como a todo lo largo de «Adversus haereses», designa él con el nombre de «Gnósticos» (Gnostikos) Entre los «Gnósticos», distingue dos grupos principales, de los que trata en los cap. 29 y 30 respectivamente.

No les da un calificativo especial, sino que por comodidad, nosotros los designaremos con los nombres de «Barbeliotes» y de «Ofitas».

a) Los Barbeliotes (29)

Al mismo tiempo que algunas cosas oscuras, la noticia que describe el sistema de estos herejes ofrece numerosos elementos en los que se reconoce sin dificultad una anticipación de relatos que figuran en la Gran Noticia.

En el origen de todo existe una díada del «Eón» y del «Espíritu». Un «Padre» innominable y un «Barbelón» que le es coeterno. Aparecen sucesivamente cuatro Eones femeninos nacidos del deseo del Padre de manifestarse a Barbelón y cuatro Eones masculinos emitidos por Barbelón y transportados de alegría a la vista del Padre. Todos estos Eones, emitidos así, se juntan a continuación, para formar cuatro syzygias: el «Logos» y la «Concepción» (Pensamiento), «Cristo» y la «Incorruptibilidad», la «Voluntad» y la «Vida eterna», el «Entendimiento» y la «Prenosis». Todos juntos glorifican al Padre y a Barbelón.

El «Logos» y la «Concepción» emiten después la pareja del «Autógeno» y de la «Verdad». Este «Autógeno» cuyo nombre significa el «que existe por sí mismo», es emitido para representar al Padre y dominar todas las cosas. Cristo y la Incorruptibilidad emiten entonces cuatro «luminares» o ángeles, destinados a servir de escolta al «Autógeno»: «Harmozel», «Raquel», «David» y «Eleleth». Por su parte la Voluntad, y la vida eterna emiten cuatro entidades femeninas para que sirvan de compañeras a los cuatro Ángeles: «Charis», «Thelesis», «Synesis» y «Phronesis» (29, 2).

Estando toda esta jerarquía colocada así en su lugar, el Autógeno emite una última pareja: El «Hombre» (llamado también

«Adán», es decir, el «Indomable») y la «Gnosis». Gracias a esta «Gnosis», el Hombre conoce al Padre. Todos los Eones quedan en adelante en reposo y cantan himnos en honor del Eón principal (29, 3).

Mas Harmozel, el primero de los Ángeles, que escoltan al Autógeno, emite un Eón femenino, el «Espíritu Santo», llamado también la «Sabiduría» y «Prunikós». Esta Sabiduría, viendo que todos los demás Eones tienen su cónyuge, busca a quién unirse.

Al no hallar, salta con un ímpetu frenético, mas no puede dar a luz por ello más que a un ser deforme: que es el «Proto-Arconte». Este se aleja a lugares inferiores, donde crea los cielos, los Ángeles, los demonios y todas las cosas terrestres. Ignorante y presuntuoso se cree solo y dice: Yo soy un Dios celoso y sobre mí no hay otro Dios (29, 4).

Bastante curiosamente la noticia relativa a los Barbeliotes no va más allá de esta evocación de la defección de la Sabiduría y de la creación de nuestro mundo por el Proto-Arconte. El mito evidentemente no se detenía ahí. La continuación quizás era más o menos común con lo que será referido en el transcurso del capítulo siguiente.

b) Los Ofitas (30, 1-14)

La segunda rama de los «Gnósticos», señalada por Ireneo, profesa un sistema cuyas líneas maestras son las siguientes:

En el origen de todo está el «Padre» o el «Primer Hombre» con su «Hijo» o «Segundo Hombre»; debajo de ellos el «Espíritu Santo» o «Primera Mujer»; debajo de ésta, los elementos primordiales: agua, tinieblas, abismo y caos. El Primer Hombre y el Segundo se enamoran de la «Primera Mujer» y la «iluminan» con su luz. De ahí nace «Cristo» o el «Tercer Varón». Este y su Madre el Espíritu Santo son arrebatados inmediatamente a regiones superiores para formar con el Padre y el Hijo la «Santa Iglesia» de arriba (30, 1-2).

Mas la «Primera Mujer» ha sido incapaz de contener toda la luz derramada en ella por el Padre y el Hijo y una parte de esa luz

ha caído «del lado izquierdo»; y ha nacido así de la «Primera Mujer», al mismo tiempo que Cristo una «Potestad de izquierda», llamada también «la Sabiduría» o «Prounikos».

Ésta, con el «baño de luz» que hay en ella, se sumerge en las primeras aguas, que se ponen en movimiento, se adhieren a ella y hacen con ella un cuerpo de materia, con el que está a punto de ser anegada. A continuación, concienciándose de la luz que hay en ella, intenta desasirse y termina liberándose enteramente de ese cuerpo, con el que produce a Aquel que es al mismo tiempo el primer Cielo y el primer Ángel, o sea, Jaldabaoth, su hijo. Algo del «baño de luz» ha pasado de la Sabiduría a Jaldabaoth, de donde proviene el gran poder de éste.

De él proceden, por generaciones sucesivas, otros seis Cielos o Ángeles, que constituyen con él la «Hebdómada». La Madre de Jaldabaoth, la Sabiduría, fija su residencia encima de ellos en la «Ogdóada» (30, 3-4).

Apenas llegados a la existencia, los hijos de Jaldabaoth le disputan el primer puesto. Entristecido por ello se vuelve a las heces de la materia que está debajo de él y engendra a otro hijo, al Entendimiento o ser con forma de serpiente, que llena de fatuidad a su padre Jaldabaoth, hasta hacerle exclamar: «Yo soy el Padre y Dios, y no hay nadie sobre mí». Mas, desde arriba, su Madre Sabiduría le responde inmediatamente: «Tú mientes, porque sobre ti están el Primer Hombre y el Hijo del Hombre».

Jaldabaoth dice entonces a los seis Ángeles restantes: «Hagamos también nosotros a un hombre a imagen del Primer Hombre».

Y modelan también ellos a un hombre; y Jaldabaoth infunde después en él un «soplo de vida», quedándose así, sin darse cuenta, sin la «gota de luz» que tenía de su Madre. En cuanto al hombre, dotado así de poder, da gracias al Primer Hombre, a cuya imagen ha sido hecho, sin preocuparse más de aquellos que le han hecho (30, 5-6).

El relato describe a continuación de una manera larga y no siempre totalmente coherente los avatares de la «gota de luz» ocurridos en el hombre, a quien le hacen de alguna manera superior a los Ángeles y al mismo Jaldabaoth. Este último trata de someter a Adán y Eva a sus leyes, intimándoles la orden de abstenerse del fruto del árbol del Paraíso. Mas, por instigación de la Sabiduría, la Serpiente les incita a rechazar el yugo que Jaldabaoth quiere imponerles, y ellos «conocen» entonces el Poder Supremo, que está por encima de todo (30, 7).

Jaldabaoth los expulsa del paraíso y los precipita sobre la tierra, tanto a ellos como a la serpiente. Ésta, destronada a causa del hombre, no cesará ya de buscar el perjuicio de éste, empujándolo al crimen.

Por su parte, la Sabiduría velará sin interrupción por el «baño de luz» emanado de ella. Así, por ejemplo, augura ella la continuidad del género humano, procurando en primer lugar el nacimiento de Set y de Noria, después de la muerte de Abel causada por Caín, y protegiendo después a Noé y a los suyos contra la cólera de Jaldabaoth, irritado por los crímenes de los hombres y resuelto a exterminarlos (30, 8-10).

Vienen a continuación los patriarcas, después los profetas, que Jaldabaoth y sus ángeles tratan una vez más de someter a su poder, a fin de dominar por medio de ellos a toda la humanidad. Mas, con gran espanto de Jaldabaoth y de sus Ángeles, la Sabiduría pone en labios de los profetas palabras que hacen volver a los hombres al recuerdo del único verdadero Dios, o sea, del «Primer Hombre» y predicen el descenso de «Cristo» (30, 10b-11).

En cuanto al momento de su venida, la Sabiduría, manipulando a Jaldabaoth sin que se dé cuenta, actúa de manera que por su poder un hombre más puro que los demás, Jesús, nazca de la Virgen María. Cristo puede descender entonces de las alturas de luz para realizar su obra de salvación. Subiendo a la Ogdóada, se «reviste» de su hermana Sabiduría.

Después atraviesa los siete cielos, que él despoja de su poder. Desciende en fin sobre Jesús, cuando el bautismo del Jordán, realiza unos milagros y unas curaciones y se proclama Hijo del «Primer Hombre». La cólera de Jaldabaoth y de los Arcontes incitan a los Judíos a crucificarle. Pero «Cristo» se escapó con la Sabiduría al Eón incorruptible, y Jesús es crucificado sólo.

Un poder venido de «Cristo» resucita después a «Jesús», pero con un cuerpo que no tiene nada de común con los elementos de este mundo. En el transcurso de dieciocho meses, que permanece aún sobre la tierra, «Jesús» es iniciado en los secretos celestes que comunica a los discípulos escogidos. Sube después al cielo para sentarse a la derecha de Jaldabecth y recoger allí a las almas santas —se trata sin duda de aquellas que poseen «el baño de luz»—. La consumación final tendrá lugar cuando todo ese «baño de luz» haya sido reunido y sea llevado a su vez al Eón de la incorruptibilidad (30, 12-14).

c) Sectas que han aparecido (30, 15-31, 2)

En conclusión, en las dos reseñas, que acaba de dedicar respectivamente a los Barteliotas y Ofitas, Ireneo precisa que de ellos ha nacido «la bestia de muchas cabezas, que es la escuela de Valentín»; afirmación que no tiene nada de sorprendente, si se piensa en los números tratados de estos sistemas, que vuelven a encontrarse, algo modificados, entre Valentín y Ptolameo.

Antes de concluir su exposición, Ireneo trata de añadir unas líneas complementarias a propósito de dos sectas más o menos parecidas a las precedentes.

Entre los que sostienen la doctrina de los Ofitas, hay quienes, para simplificar las cosas, identifican del todo la Sabiduría y la Serpiente: la Serpiente es entonces realmente la que da a los hombres la «gnosis» y les permite librarse del yugo del autor del mundo (30, 15).

Están más o menos en la misma línea quienes afirman que Caín salió del Poder Supremo, y los Sodomitas y sus parientes eran de la misma raza de la Serpiente: por eso estaban ellos expuestos a los ataques del Demiurgo, pero la Sabiduría les protegía contra él.

Lógicos con tales principios, estos herejes no pueden preconizar más que un rechazo total de las leyes dictadas por el Demiurgo y sus ángeles (31, 1-2).

Conclusión (31, 3-4)

Echando una mirada atrás, Ireneo comienza por abarcar, de un solo golpe de vista, todo el camino recorrido: «He aquí de qué padres y de qué antepasados han salido los discípulos de Valentin...» —es el contenido de la tercera parte—, «tal como revelan sus doctrinas mismas y sus sistemas» —es el contenido de las dos primeras partes—.

Ireneo por tanto ha hecho lo siguiente en la primera etapa de su programa: arrancar al error su máscara, y hacerlo aparecer a la luz del día tal como es realmente.

Después, colocando de nuevo esta primera etapa en el conjunto de su obra magna, Ireneo subraya la importancia decisiva del conocimiento exacto de las tesis de los herejes: «es por haberlos vencido ya, dice él, más que por haberlos dado a conocer». Una comparación sugestiva, a pedir de boca, aclara esta afirmación.

Trata de la doctrina herética como de una bestia dañina, escondida en lo más profundo de un bosque, desde donde puede realizar impunemente sus incursiones y ejercitar sus estragos. Si alguien lograra descubrir la bestia, para ponerla a la vista de todos, le sería posible; no sólo protegerse de sus ataques, sino también golpearle por todas partes y herirle. He aquí por qué ha puesto Ireneo todo su cuidado en exhibir, a la luz del día, las doctrinas cuidadosamente guardadas en secreto hasta aquí por los herejes. Ahora que estas doctrinas están claramente desenmasca-

Fin del capítulo V de la Introducción

A. R.

ADELIN ROUSSEAU

Monje de la Abadía de Orval

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO PRIMERO

I.—Relación de la doctrina de los discípulos de Valentín (1, 1).
(Constitución del Pleroma).

II.—Exposición de la predicación de la verdad, que la Iglesia, habiéndola recibido de los Apóstoles, la guarda (10, 1).

(Unidad de la fe de la Iglesia y variedad de los distintos sistemas heréticos).

III.—Que en la Iglesia todos creen lo mismo, y, como teniendo una misma boca, todos predicán, enseñan y transmiten lo mismo (10, 24).

IV.—De qué depende que unos crean tener más conocimiento (gnosis) que otros (10, 49).

V.—Cuál es el parecer de Valentín; y en qué cosas están sus discípulos en desacuerdo con él (11, 1).

VI.—En qué cosas no están de acuerdo entre sí los Valentinianos (o sea, los discípulos de Valentín) (12, 1).

VII.—Cuál es su trato y cuál su forma de vida (12, 42).

VIII.—Cuál es la doctrina de Colarbas y de Marsos (13, 1).

IX.—Cuál es la habilidad de Marcos y qué hace (13, 12).

X.—De qué manera intentan algunos de ellos establecer su sistema sobre números, sílabas y letras (14, 1).

XI.—De qué manera interpretan las parábolas (14, 182).

XII.—De cómo explican ellos la realización de la creación según la idea que tienen del Pleroma (15, 1).

XIII.—De cómo lo que está en la Ley, lo convierten en su ficción (16, 1).

XIV.—De qué manera intentan presentar al Padre como desconocido para todos (17, 1).

XV.—De qué testimonios de la Escritura usan (18, 1).

XVI.—Cuántas cosas dicen y hacen acerca de su propia «redención» (19, 1).

XVII.—Cuántas maneras de redhibición hay según ellos (20,1).

XVIII.—De qué manera convencen a los que creen en ellos, y de qué conversaciones o charlas usan (21, 7).

XIX.—Qué se proponen y con qué fin (22, 1).

XX.—Cuál es la doctrina del Samaritano Simón Mago (24, 1).

XXI.—Cuál es la doctrina de Menandro y cuáles sus obras (23,93).

XXII.—Informe de la doctrina de Basílides (24, 1).

XXIII.—Cuál es el razonamiento de Saturnino (24, 40).

XXIV.—Cuál es la doctrina de Carpócrates y cuáles las obras de sus discípulos (25, 1).

XXV.—Cuál es la doctrina de Cerinto (26, 1).

XXVI.—Cuál es la doctrina de los Ebionitas (26, 16).

XXVII.—Cuáles son las obras de los Nicolaítas (26, 26).

XXVIII.—Cuál es el parecer de Cerdón (27, 1).

XXIX.—Qué fue lo que enseñó Marción (27, 9).

XXX.—Cuál es la contradicción que ha encontrado a su alrededor (26, 1).

XXXI.—Cuál es la doctrina de Taciano (28, 16).

XXXII.—De dónde recibieron sus doctrinas los que introdujeron uniones libres (28, 27).

XXXIII.—En qué tiempo existieron todos los que han sido mencionados anteriormente y de quién recibieron sus comienzos y doctrinas (29, 1).

XXXIV.—Cuántas son las clases de gnósticos y cuáles sus doctrinas o pareceres (30, 1).

XXXV.—En qué consiste la irreligiosidad y desvergüenza de los Ofitas y Cainitas y de dónde proceden sus composiciones (o escritos) (31, 1).

Prólogo del Libro I

Pr.1.—Hay quienes, rechazando la verdad, introducen falsos discursos y «genealogías interminables, más propias para promover discusiones», como dice el Apóstol, «que para la realización de los planes de Dios, que se fundan en la fe»^a. Por una verosimilitud, dispuesta artificiosamente, seducen el espíritu de los necios y los cautivan alterando las palabras del Señor, haciéndose meros intérpretes de lo que ha sido expresado correctamente. Se hacen así causa de la perdición de muchos, apartándolos, con el pretexto de gnosis, de Aquel que ha establecido y ordenado este universo: como si pudieran ellos mostrar algo más elevado y más grande que el Dios que ha hecho el cielo y la tierra y todo lo que ellos contienen^b.

Por medio de su elocuencia atraen de manera especial sobre todo a los que son un tanto simples y tienen la manía de la búsqueda (de Dios); después, sin preocuparse más de la verosimilitud, causan la ruina de estos desgraciados, inculcando pensamientos blasfemos e impíos contra su Creador a gentes incapaces de discernir lo falso de lo verdadero.

Pr. 2.—Porque el error no se manifiesta tal cual es, por temor de que, apareciendo desnudo, sea reconocido; sino que, adornándose artificiosamente de un vestido de verosimilitud, obra de manera que aparece —cosa ridícula de decir— a los ojos de los ignorantes, gracias a esta apariencia exterior, más verdadero que la verdad misma. Como lo decía, a propósito de esto, un hombre superior a nosotros: «La piedra preciosa, llamada esmeralda, de gran valor para algunos, puede ser imitada con un trozo de vidrio hábilmente falseado, hasta el punto de que nadie, al examinarlo, sea capaz de descubrir el engaño. Y si el bronce se mezcla con la plata ¿quién, que no sea entendido podrá averiguarlo fácilmente? Por tanto, para que nadie por culpa nuestra, sea apresado como oveja por lobos, ya que éstos, de los que el Señor nos ordenó guar-

darnos, suelen estar camuflados con la indumentaria^a exterior de piel de oveja, y así hablan como nosotros, mas piensan de diferente manera, he juzgado necesario manifestarte, querido amigo, sus prodigiosos y profundos secretos, que no todos comprenden^b, porque no todos tienen su capacidad: después de haber leído los comentarios de los discípulos de Valentín» y haber profundizado en su doctrina. Informado así de estas doctrinas tú, a tu vez, las harás conocer a todos los que están contigo y les enseñarás a precaverse del «abismo» de la sinrazón y de la blasfemia contra Dios.

Referiremos breve y claramente, tal como nos sea posible, la doctrina de los que enseñan el error en este mismo momento nos referimos a Ptolomeo y a las gentes de su entorno, cuya doctrina es la flor y nata de la escuela de Valentín y suministraremos, según nuestras modestas posibilidades, los medios para refutarlos, mostrando que sus pareceres son absurdos, inconsistentes y en desacuerdo con la verdad. No es que tengamos por costumbre consignar algo por escrito o que estemos ejercitados en el arte de escribir discursos; mas la caridad nos obliga a manifestar a ti y a los que están contigo las enseñanzas cuidadosamente encubiertas hasta ahora, y así sus doctrinas han quedado manifiestas, por la gracia de Dios: porque no hay nada oculto que no haya de manifestarse, ni secreto que no haya de saberse^a.

Pr.3.—Tú no puedes exigir de nosotros, que vivimos entre Celtas, y que la mayor parte del tiempo tratamos nuestros asuntos en dialecto bárbaro, ni el arte de la elocuencia que no hemos aprendido, ni la habilidad del escritor, que no hemos alcanzado, ni la elegancia de palabras, ni el arte de persuadir, que desconocemos; pero lo que, de manera sencilla, verdadera y en estilo vulgar, te hemos escrito con cariño, lo recibirás también con amor y lo desarrollarás por tu cuenta, como más capaz que nosotros: después de haber recibido de nosotros una especie de «simiente» y como unos simples «comienzos», harás fructificar abundantemente en el oído de tu espíritu lo que hemos expresado nosotros

en pocas palabras y ofrecerás con eficiencia a los que están contigo lo que tan pobremente hemos hecho conocer nosotros. Y de la misma manera que nosotros, para responder a tu deseo ya antiguo de conocer sus enseñanzas, hemos puesto todo nuestro cuidado no sólo en manifestártelas, sino también en suministrarte el medio de probar su falsedad, así también pondrás tú todo tu cuidado en servir a los demás, según la gracia que te ha sido dada por el Señor, para que los hombres no se dejen arrastrar en adelante por la doctrina capciosa de estas gentes, que es como sigue:

PRIMERA PARTE

EXPOSICIÓN DE LA DOCTRINA DE PTOLOMEO. RELACIÓN DE LA DOCTRINA DE LOS DISCÍPULOS DE VALENTÍN

1. Constitución del Pleroma

Origen de los treinta Eones

1,1. Dicen ellos que en las alturas invisibles e innombrables existía un Eón perfecto anterior a todo: A este Eón le llaman «Primer-Principio», «Pro-Padre» y «Abismo» (Bytho). Incomprensible e invisible, eterno e ingénito, se mantuvo en un total reposo y tranquilidad durante una infinidad de siglos. Coexistían con él la Ennoía (Pensamiento) a quien ellos llaman también «Gracia» y el «Silencio». Ahora bien, un buen día, este Abismo (Bytho) tuvo la idea de emitir de sí mismo al Principio de todas las cosas; y esta emisión, que se le ocurrió hacer, la depositó a la manera de una simiente en el seno de su compañera Silencio (elemento femenino). Esta (el Silencio) al recibir la simiente quedó embarazada y engendró al «Entendimiento», semejante e igual a Aquel, que le había emitido, y el único capaz de comprender la grandeza del Padre. A este Entendimiento llaman también «Unigénito»,

«Padre» y «Principio» de todas las cosas. Con él fue emitida la «Verdad». Tal es la primera y fundamental Tétrada pitagórica, que ellos llaman también la raíz de todos los seres: o sea, el Abismo y el Silencio, después el Entendimiento y la Verdad. Ahora bien el Unigénito, habiendo tomado conciencia de por qué había sido emitido, emite a su vez al «Verbo» y a la «Vida», Padre de todos aquellos que vendrían después de él, principio y formación de todo el Pleroma. Del «Verbo» y de la «Vida» fueron emitidos a su vez, según la syzygia, el «Hombre y la Iglesia». Y he aquí la Ogdóada fundamental, Raíz y Substancia de todas las cosas, llamada entre ellos con cuatro nombres: el Abismo, el Entendimiento, el Verbo y el Hombre. Cada uno de ellos es en realidad masculino femenino, así: al principio el Pro-Padre se junta, según la syzygia, a su Ennoia (Pensamiento), que ellos llaman también Gracia y Silencio; después el Unigénito, dicho de otra manera el Entendimiento, se une a la Verdad; después el Verbo a la Vida; y finalmente el Hombre a la Iglesia.

1,2. Ahora bien, todos estos Eones, emitidos para gloria del Padre, queriendo a su vez glorificar al Padre, realizaron emisiones por parejas (syzygias). El Verbo y la Vida, después de haber emitido al Hombre y a la Iglesia, emitieron otros diez Eones, cuyos nombres son éstos: «Bythio» y «Mixis», «Ageratos» y «Henosis», «Autofies» y «Hedone», «Akinetos» y «Syncrasis» «Unigénito» y «Makaria». Estos son, según ellos, los diez Eones emitidos por el Logos (Verbo) y la Vida. El Hombre, también él: ha emitido unido a la Iglesia doce Eones, a los que dan los nombres siguientes: «Paráclito» y «Pistis», «Patrikos» y «Elpis», «Metrikos» y «Agapé», «Aenos» y «Synesis», «Ekklesiástikos» y «Makariotes», «Theletos» y «Sofía».

Exécesis gnósticas

1,3. Estos son los treinta Eones de su error, seres rodeados de silencio y desconocidos.

Tal es su Pleroma invisible y espiritual con su división tripartita en Ogdóada, Década y Dodécada. Por eso dicen ellos que el Salvador —rehusan darle el nombre de Señor— ha pasado treinta años^a sin hacer nada en público, revelando el misterio de esos Eones. De la misma manera también según ellos, la parábola de los obreros, enviados a la viña^b señala muy claramente a los treinta Eones. Porque unos obreros son mandados a primera hora, otros a la hora tercia, otros a la sexta, otros a la nona, y otros en fin a la undécima. Ahora bien sumando conjuntamente, estas diferentes horas dan un total de treinta: $1 + 3 + 6 + 9 + 11 = 30$. Estas horas, según ellos, indican los Eones. Y he aquí cuales son los grandes, admirables y secretos misterios, producidos por ellos, por no decir nada de las demás palabras de las Escrituras que bien podían haber sido adaptadas y acomodadas a su ficción.

2. Perturbación y restauración del Pleroma

Pasión de la «Sabiduría» e intervención del «Límite»

2,1. Así, por lo que dicen ellos, su Pro-Padre no era conocido más que por el Unigénito o Entendimiento salido de Él; para los demás Eones era invisible e inasible. Según ellos, sólo el Entendimiento se deleitaba viendo al Padre y se regocijaba contemplando su inmensa grandeza. Y pensaba éste igualmente en cómo comunicar a los demás Eones la grandeza de ese Padre, revelándoles cuán grande era y cómo era sin principio, incomprendible e invisible. Mas le retenía el Silencio (elemento femenino) por voluntad del Padre, porque quería ella (el Silencio llevar a todos los Eones al conocimiento y deseo de búsqueda de su susodicho Padre. Y todos los demás Eones deseaban, con un

1,3 a) Luc. 3, 23; b) Mat. 20, 1-7.

deseo más o menos apacible, ver al Principio emisor de su simiente, y explorar la raíz sin principio.

2.2. Mas el último y el más joven Eón de la Dodécada, es decir, la Sabiduría emitida por el Hombre y la Iglesia, ha sufrido una pasión sin el concurso de su cónyuge Theletos (el Perfecto). Esta pasión había surgido cerca del Entendimiento y la Verdad, pero se concentró en este Eón, es decir, en la Sabiduría, alterada con la forma del amor, que en realidad era del temor, porque no estaba como el Entendimiento, que estaba unido al Padre perfecto. La pasión consistía en la búsqueda del Padre: porque quería, según ellos, comprender la grandeza de ese Padre; mas, como no podía, por pretender lo imposible, se halló en un estado de lucha de una violencia extremada, a causa de la grandeza del Abismo, de la inaccesibilidad del Padre y de su amor a él. Como se refería siempre más a lo pasado^a, hubiera sido absorbida finalmente por la dulzura del Padre y disuelta en la Substancia universal, si no hubiera encontrado aquella Virtud, que consolida los Eones y los conserva fuera de la indecible grandeza. A esta Virtud dan ellos el nombre de «Límite». Por ella, el Eón en cuestión fue retenido y consolidado; apenas vuelto a sí mismo y persuadido ya de que el Padre es incomprensible, cambió su «Consideración» anterior por la nueva pasión que le sobrevino.

2.3. Algunos de estos herejes cuentan como si se tratara de una fábula esta clase de pasión y conversión de la Sabiduría. Por haber emprendido una tarea imposible e irrealizable, ella dio a luz, según ellos, una substancia informe, semejante al parto de una mujer. Después de reflexionar, ella se entristeció primero a causa del carácter inacabado de su alumbramiento, temió a continuación por la desaparición del fruto mismo; y en ese momento quedó como fuera de sí y llena de angustia, buscando el motivo de lo ocurrido y la manera de ocultar lo que había nacido de ella.

Después de haberse quedado anegada en esas pasiones se «convirtió» e intentó volver a su Padre; mas, después de realizar un breve esfuerzo, desfalleció y dirigió una oración de súplica tanto a su Padre, como al resto de los Eones, especialmente al Entendimiento.

De aquí, es decir, de la ignorancia, de la tristeza, del temor y del estupor, dicen que tuvo su origen la substancia de la materia.

2,4. El Padre entonces, por mediación del Unigénito, emitió como abortivo al Límite, del que hemos hablado ya; lo emitió a su imagen, es decir, sin pareja, sin compañera.

Porque ellos no sólo quieren que el Padre tenga al Silencio por compañera, sino que esté por encima de la distinción entre lo masculino-femenino. A este Límite dan también los nombres de «Cruz», de «Redentor», de «Emancipador», de «Delimitador» y de «Guía». Dicen que por medio de este «Límite» la Sabiduría ha sido purificada, consolidada y reintegrada a su pareja. Porque cuando se separó de ella su «Enthimesis» con la pasión que le sobrevino a ésta, ella se quedó en el interior del Pleroma; en tanto que su Enthimesis con la Pasión aneja a ella, fue separada, crucificada a) y expulsada del Pleroma por el Límite. Esta Enthimesis era una substancia espiritual, como el impulso natural de un Eón; pero una substancia sin forma ni figura, porque la Sabiduría no se había apoderado de ella, por eso dicen que esa substancia era un fruto débil y femenino.

Emisiones de «Cristo», del «Espíritu Santo» y del «Salvador»
(2, 5-6)

2,5. Después que esta Enthimesis fue expulsada del Pleroma de Eones y su Madre reintegrada a su cónyuge, el Unigénito emitió otra pareja de Eones, según la providencia del Padre (a fin de que ningún Eón sufriese en adelante una pasión seme-

jante)¹; son éstos «Cristo» y el «Espíritu Santo», que completan los Eones del Pleroma. (Dicen que fueron ellos los que pusieron en orden los Eones)². Cristo en efecto les enseñó la naturaleza de la syzygia³ (quienes conocían la ocupación del ingénito eran capaces de ello) y proclamó en medio de ellos el conocimiento del Padre, revelándoles que es incomprensible e inasible, y que nadie puede ni verle ni oírle, si no es por medio de su Unigénito⁴; y la causa de la duración eterna de los Eones es debida a la incomprehensibilidad del Padre, y la causa de su nacimiento y formación es debida a su comprensibilidad, es decir, a su Hijo. He aquí lo que el Cristo emitido en último lugar ha realizado en ellos.

2,6. En cuanto al Espíritu Santo, después de haber igualado a todos los Eones, les enseñó a dar gracias e introdujo el verdadero reposo. Y así dicen que los Eones fueron hechos en igualdad de forma y de sentir, hechos todos Entendimientos, todos Verbos, todos Hombres, todos Cristos; y de la misma manera los Eones femeninos, todos Verdades, todos Vidas, todos Espíritus, todos Iglesias.

Además consolidados y en reposo total los Eones, según ellos cantan con una gran alegría un himno al Pro-Padre, quien participa de un regocijo inmenso. Y por este beneficio, con una voluntad única y un único sentir de todo el Pleroma de Eones, con el asentimiento de Cristo y del Espíritu y la ratificación del Padre, cada uno de los Eones aportó y puso conjuntamente lo que había en él de más exquisito y más floreciente de su substancia; trenzándolo todo armoniosamente en una perfecta unidad, realizó en honor y gloria del Abismo una emisión que es la perfecta hermosura y como la estrella del Pleroma: es el Pruto perfecto, o sea, «Jesús», llamado también «Salvador» y también «Cristo» y

1 Esta frase entre paréntesis viene en el texto griego. — 2 Esto viene en el texto griego. — 3 Según Rousseau, las palabras que siguen, desde innati hasta idóneos esse, son ininteligibles. — 2,5 a) Mat. 11, 27.

«Logos», del nombre de sus padres, y también el «Todo», porque proviene de todos. Al mismo tiempo, en honor de los Eones fueron emitidos por él los guardianes del cuerpo, que son los Ángeles de la misma raza que él.

Exégesis Gnósticas (3, 1-6)

3,1. Son las siguientes: la producción que dicen haber sido efectuada en el interior del Pleroma; el contratiempo de ese Eón que cayó en la pasión y estuvo a punto de perecer, como en una vasta materia, a causa de su búsqueda del Padre; la reunión séxtuple de lo que es a la vez el Límite, la Cruz, el Redentor, el Emancipador, el Delimitador y Guía; la última generación de Eones: del primer Cristo y del Espíritu Santo emitidos por el Padre después de su arrepentimiento; en fin la realización hecha en común del segundo Cristo, a quien llaman también el Salvador.

Todo ello sin duda no ha sido dicho claramente en las Escrituras, porque «no todos comprenden» a) su significado; mas ha sido indicado misteriosamente por el Salvador, por medio de parábolas, a los que son capaces de comprenderlas: así los treinta Eones han sido indicados, como lo hemos dicho ya, por los treinta años^b durante los cuales el Salvador no hizo nada públicamente, así como por la parábola de los obreros de la viña^c. Dicen que Pablo nombra también con mucha frecuencia y muy claramente a los Eones, y guarda incluso su orden, cuando dice: «Durante todas las generaciones por los siglos de los siglos»^d.

Nosotros mismos, en fin, cuando decimos durante la acción de gracias (la Eucaristía): «en los siglos de los siglos», hacemos alusión a esos Eones. Y dondequiera que se encuentran las palabras «siglo» o «siglos», creen ellos que se trata de Eones.

3,2. La emisión de la Dodécada de Eones está indicada: por el hecho de que el Señor a los doce años estuvo discutiendo con

3,1 a) Mat. 19, 11; b) Luc. 3, 23; c) Mat. 20, 1-7; d) Ef. 3,21.

los doctores de la Ley^a, como también por la elección de los Apóstoles, que fueron doce^b.

En cuanto a los dieciocho Eones restantes, hay que decir que se manifiestan por el hecho de que el Señor, después de su resurrección de entre los muertos, estuvo conviviendo, según ellos, durante dieciocho meses con sus discípulos. Las dos primeras letras del nombre de Jesús (Jesous) a saber, la iota (= 10) y eta (= 8) indican también claramente los dieciocho Eones. De la misma manera los diez Eones, según ellos, están designados por la letra iota (= 10), que es la primera de su nombre. Y por eso ha dicho el Salvador: «Ni una jota, ni una tilde (de la ley) pasará hasta que todo se cumpla»^c.

3,3. La pasión que sobrevino al duodécimo Eón está indicada, según ellos, en la apostasía de Judas, que fue el duodécimo Apóstol, y también por el hecho de que el Señor sufrió su Pasión el duodécimo mes: porque creen ellos que el Señor estuvo predicando solamente durante un año^a después de su bautismo. Este misterio se manifiesta también ostensiblemente en el episodio de la hemorroísa: Esta fue curada, después de doce años de sufrimientos, con la venida del Salvador, después de haber tocado la orla de su vestido^b, y por eso dijo el Salvador: «¿Quién me ha tocado?»^c, enseñando con ello a sus discípulos el misterio realizado entre los Eones y la curación del Eón caído en la pasión: porque por medio de la mujer que estuvo sufriendo durante doce años se indicaba aquella Virtud, porque su substancia se extendía y se derramaba en el infinito como ellos dicen; y si ella no hubiera tocado el vestido del Hijo, es decir, de la Verdad perteneciente a la primera Tétrada y simbolizada por la orla del vestido, se hubiera disuelto en la Substancia universal; mas ella se detuvo^d, y se libró de su pasión: por medio de la virtud salida del Hijo^e, la cual

3,2 a) Luc. 2, 42-46; b) Mat. 10,2. Luc. 6, 13; c) Mat. 5, 18. — 3,3 a) Luc 4, 19. Is. 61, 2; b) Mat. 9, 20. Luc. 8, 44; c) Luc. 8, 45; d) Luc. 8, 44; e) Luc. 8, 45-46.

pretenden que sea el Límite, que curó a la Sabiduría y separó de ella a la pasión.

3.4. Que el Salvador, que ha salido de todos los Eones, sea el «Todo» es lo que indica, según ellos, la respuesta: «Todo macho que deja al descubierto el seno»^a.

Siendo el todo, el Salvador deja al descubierto el seno de la Enthimesis, del Eón caído en la pasión, cuando ha sido desterrada del Pleroma. A esta Enthimesis llaman también ellos la Segunda Ogdóada, y nosotros hablaremos de ella un poco más adelante. También Pablo, según ellos, tiene manifiestamente a la vista este misterio, cuando dice: «Él es todas las cosas»^b; y también: «Todas las cosas son para Él, y de Él vienen todas las cosas»^c. Y también: «En Él habita toda la plenitud de la divinidad»^d. Y aquello de: «Han sido recapituladas todas las cosas en Cristo por Dios»^e. Todo esto ha sido interpretado por ellos de esta manera, así como las demás palabras semejantes.

3.5. De la misma manera también, a propósito de su Límite, que ellos llaman con muchísimos otros nombres, manifiestan que ese Límite realiza dos actividades, la una que consolida y la otra que separa: En cuanto consolida y fortalece es la Cruz, en cuanto separa y delimita es el «Límite». El «Salvador», según ellos, ha indicado estas actividades de la manera siguiente: primeramente la que consolida, cuando dice: «Él que no toma su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo»^a, y también: «Tomando tu cruz, sígueme»^b; después la que separa cuando dice: «Yo no he venido a traer la paz, sino la espada»^c. Dicen ellos que Juan ha indicado esto mismo al decir: «El biello está en su mano para purificar su era, y recogerá el trigo en su granero, pero quemará la paja con fuego inextingible»^d. Este texto indica la operación del Límite, porque, según su interpretación, el biello no es otra

3,4 a) Luc. 2, 23. Ex. 13, 2; b) Col. 3, 11; c) Rom. 11, 36; d) Col. 2, 9; e) Ef. 1, 10. — 3,5 a) Luc. 14, 27. Mat. 10, 38; b) Marc. 10, 21; c) Mat. 10, 34.

cosa que la Cruz, que consume todos los elementos hylicos, de la misma manera que el fuego consume la paja, y purifica en cambio a los que se salvan, tal como el biello purifica el trigo. El apóstol Pablo, según ellos, hace también mención de esta Cruz en los siguientes términos: «La palabra de la Cruz es locura para los que perecen, mas para los que se salvan es la virtud de Dios»^e.

Y también: «Pero a mí nunca me acontezca gloriarme sino en la Cruz de Cristo, por la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo»^f.

3,6. Tales son las cosas que ellos dicen de su Pleroma y de la formación de los Eones, haciendo violencia a las bellas palabras de las Escrituras, para adaptarlas a sus invenciones criminales. Y no es solamente de los Evangelios y de los escritos del apóstol de donde se esfuerzan por sacar sus pruebas, desnaturalizando las interpretaciones y falseando las exégesis, sino que recurren también a la Ley y a los Profetas: como cuando se encuentran un gran número de parábolas y alegorías susceptibles de ser tomadas en muy diversos sentidos y ellos adaptan la ambigüedad de ellas a su ficción, por medio de exégesis hábiles y artificiosas, y llevan cautivos, lejos de la verdad, a los que no conservan una fe firme: en un solo Dios Padre todopoderoso y en un solo Jesu-Cristo, Hijo de Dios.

3. Transformaciones del desperdicio expulsado del Pleroma

Pasión y curación de Acamath

4,1. He aquí ahora los acontecimientos exteriores al Pleroma tal como los presentan ellos.

Cuando la Enthímesis de la Sabiduría de arriba —a la Enthímesis le ponen también por nombre Acamath— fue separada del Pleroma con la pasión, que llevaba consigo, descansó, según

3,5 d) Mat. 3, 12. Luc. 3, 17; e) I Cor. 1, 18; f) Gal. 6, 14.

ellos, en el lugar de la sombra y del vacío: Era necesario porque estaba excluida de la luz y del Pleroma, sin forma ni figura, a la manera de un aborto, por no tener nada asido. Entonces dicen ellos, que el Cristo superior se compadeció de ella. Y tendiéndose sobre la Cruz, formó a Acamoth con su propia virtud, con una formación que era solamente según la substancia, no con una formación según la gnosis. Después de esta operación, regresó al Pleroma llevándose la virtud consigo, y abandonó fuera a Acamoth, a fin de que ésta, dándose cuenta de la pasión que había en ella, por su alejamiento del Pleroma, apeteciera unas realidades superiores, poseyendo algún germen de inmortalidad depositado en ella por Cristo y el Espíritu Santo. Y ésta es la razón de por qué lleva ella estos dos nombres: la Sabiduría, del nombre de su Padre —porque su padre se llama también Sabiduría— y el Espíritu Santo, del nombre del Espíritu que le acompañaba a Cristo. Ostensiblemente formada así, pero abandonada inmediatamente del Logos —es decir de Cristo— que había asistido invisiblemente, se lanzó a la búsqueda de la Luz, que la había abandonado, y no pudo apoderarse de ella porque fue impedida por el Límite. Así el Límite, oponiéndose a que Acamoth siguiera adelante, dijo: «Iao!», que es, según ellos, el origen del nombre Iao. No pudiendo por tanto franquear al Límite, porque estaba mezclada de pasión y había sido abandonada sola en el exterior, fue abatida bajo todos los elementos de esa pasión que era múltiple y diversa: experimentó en primer lugar la tristeza, por no haber podido apoderarse de la luz; temió, con la perspectiva de ver que se le escapaba la vida de la misma manera que la Luz; sufrió además la angustia; y todo ello en la ignorancia. A diferencia de su Madre —la Sabiduría primera, que era un Eón—, Acamoth, en medio de esas pasiones, no tuvo una alteración simple, sino una oposición de cosas contrarias. Le sobrevino entonces la disposición de convertirse a Aquél que le había vivificado.

4,2. Así se explica, según ellos, el origen de la substancia de la materia de que se ha formado este mundo: de la conversión han

surgido tanto el alma del mundo como del Demiurgo, en tanto que del temor y de la tristeza ha surgido lo demás.

En efecto, de las lágrimas de Acamoth proviene toda la substancia húmeda; de su risa, la substancia luminosa; de su tristeza y de su terror, los elementos corporales del mundo. Ora lloraba y se entristecía según ellos, porque había sido abandonada sola en las tinieblas y el vacío, ora, acordándose de que había sido abandonada por la luz, se tranquilizaba y se reía; ora se llenaba de temor; ora, en fin, se espantaba y se extasiaba.

4,3. ¡Pues qué! Es un espectáculo un poco banal en realidad el de los hombres explicando pomposamente, cada uno a su manera, de qué pasión y de qué elemento trae su origen la materia. Me parece que no quieren entregar manifiestamente estas enseñanzas a todo el mundo, sino solamente a aquellos que son capaces de pagar substanciales recompensas a cambio de tan grandes misterios. Porque estas cosas no son como aquellas de las que Ntro. Señor dijo: «Vosotros que habéis recibido gratuitamente, dad también gratuitamente»^a, sino misterios apartados, prodigiosos, profundos, descubiertos con una labor inmensa a todos los amigos de la mentira.

Por tanto ¿quién no gastará toda su fortuna en aprender: que de las lágrimas de la Enthímesis del Eón caído en la pasión traen su origen los mares, las fuentes, los ríos y toda substancia húmeda? ¿que de su risa proviene la luz? ¿que de su pavor y de su angustia han salido los elementos corporales del mundo?

4,4. Mas yo tengo intención de contribuir también, por mi parte, a su aclaración: Porque veo que algunas aguas como de fuentes, ríos, lluvias, etc, son dulces; en cambio las aguas de los mares son amargas. Yo pienso que no todas pueden provenir de las lágrimas de Acamoth, porque las lágrimas tienen como característica el ser amargas. Es evidente que son las aguas amargas las que provienen de las lágrimas. Y es probable que Acamoth, en su

4,3 a) Mat. 10, 8.

lucha violenta y congoja en que se debatía, debió de sudar también.

De donde según su tesis hay que suponer que las fuentes, los ríos y todas las demás aguas dulces debieron de proceder de esos sudores. Porque no es verosímil que, siendo todas las lágrimas de la misma cualidad, provengan de ellas, a la vez, aguas amargas y aguas dulces. Es más verosímil que esas aguas provengan unas de las lágrimas y otras de los sudores. Mas esto no es todo: como existen también en el mundo aguas cálidas y aguas crudas se debe averiguar lo que Acamoth ha hecho para emitirlas y de qué órgano suyo derivan ellas. Aclaraciones así son necesarias para su tesis.

4,5. Por tanto, habiendo su Madre caído en toda clase de pasiones, nada más levantarse volvió, según ellos, a suplicar la Luz, que le había abandonado, es decir, Cristo.

Este volvió al Pleroma, y, sin duda, como se nos da a entender, no tuvo el valor de descender por segunda vez. Envío a ella al Paráclito, esto es al Salvador, en tanto que el Padre le daba toda virtud y ponía bajo su dominio todas las cosas^a, y los Eones hacían lo mismo, a fin de que «por él fueran hechas todas las cosas, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Divinidades, Dominaciones»^b. El Salvador por tanto fue enviado a ella con sus coetáneos, los Ángeles. Dicen que Acamoth (la Madre) habiéndole mirado respetuosamente, se cubrió primero con un velo por reverencia; y después, cuando le vio con todos sus frutos, corrió a su encuentro y recibió una virtud con su aparición. Él la preparó con una formación según la gnosis y efectuó la curación de sus pasiones, apartándolas de ella; mas no pudo despreciarlas, porque no era posible hacerlas desaparecer como las de la primera Sabiduría, porque habían arraigado como hábitos vigorosos en ella. Las colocó aparte, las mezcló y las coaguló; y de una pasión inmaterial las convirtió en materia incorpórea; después produjo en ellas

unas propiedades y una naturaleza, para permitirles formar unas combinaciones y unos cuerpos, de manera que tuvieran dos substancias, a saber, una mala salida de las pasiones y otra procedente de la conversión, que estuviera mezclada de pasión: por eso dicen que ha sido el Salvador el que ha realizado virtualmente la obra del Demiurgo.

En cuanto a Acamoth, libre de su pasión, concibió con gozo de la visión de las luces, que estaban con el Salvador, es decir, de los Ángeles que le acompañaban, habiendo quedado embarazada con su vista, dio a luz, según ellos los frutos a imagen de esos Ángeles, dicho de otra manera, un parto espiritual a semejanza de los guardianes del cuerpo del Salvador.

Origen del Demiurgo

5,1. Por tanto había, según ellos, tres elementos: el elemento que provenía de la pasión, es decir, la materia; el elemento procedente de la conversión, es decir, lo «animal», y, en fin, el elemento dado a luz por Acamoth, es decir, lo «espiritual». Acamoth se encargó entonces de la formación de esos elementos. Sin embargo no tenía ella poder para formar el elemento espiritual, porque este elemento le era consubstancial. Y tuvo que dedicarse a la formación de la substancia salida de su «conversión», es decir, de la substancia psíquica y fue la causa de las enseñanzas procedentes del Salvador. En primer lugar, según ellos formó de esta substancia psíquica a Aquel que es el Dios, el Padre y el Rey de todos los seres, tanto de los que le son consubstanciales, es decir, de los psíquicos, a los que llaman de la derecha, como de los que han salido de la pasión y de la materia y que ellos llaman de la «izquierda»^a: Dicen que este Dios formó todo aquello que está tras él, movido, sin saberlo él, por su Madre. Por eso le llaman: ora «Madre-Padre», ora «Sin Padre», ora «Demiurgo», ora Padre; dicen de él que es el Padre de los que están a la derecha,

es decir, de los psíquicos, y Demiurgo de los que están a la izquierda, es decir, de los hílcos, y Rey de los unos y de los otros. Porque, según ellos, esta Enthímesis, habiendo resuelto hacer todas las cosas en honor de los Eones, realizó sus imágenes, o más bien el Salvador las hizo por medio de ella. Ella ofreció la imagen del Padre invisible, desconocida por el Demiurgo; por su parte, el Demiurgo ofreció la imagen del Hijo Unigénito, de la misma manera que los Ángeles y los Arcángeles hechos por el Demiurgo ofrecieron la imagen de los demás Eones.

Origen del Universo

5,2. Por tanto, según ellos, el Demiurgo llegó a ser el Padre y Dios de los seres exteriores al Pleroma, por ser el autor de todos los seres psíquicos e hílcos.

El separó la una de la otra las dos substancias, que se hallaban mezcladas entre sí, y, de incorpóreas que eran, las hizo corpóreas; fabricó entonces los seres celestes y los terrestres, y llegó a ser el Autor de los seres psíquicos e hílcos, de los seres de la derecha y de la izquierda, de los que son ligeros y pesados, de los que tienden hacia arriba y de los que descienden hacia abajo. Dispuso siete cielos, sobre los cuales, según ellos, se encuentra Él.

Por eso le llaman a El: la «Hebdómada», en tanto que llaman Ogdóada a la Madre, es decir, a Acamoth, quien posee así el nombre de la fundamental y primitiva Ogdóada, la del Pleroma. Estos siete Cielos son, según ellos, de naturaleza inteligente: Son los Ángeles. El Demiurgo mismo es también un Ángel, pero semejante a un Dios. De la misma manera el Paraíso, situado sobre el tercer cielo es, según ellos, el cuarto Arcángel por su virtud.

Y Adán recibió algo de él, cuando estuvo allí.

5,3. Aseguran que el Demiurgo se imaginó que todas estas creaciones las producía él de sí mismo, pero en realidad no hacía más que realizar las producciones de Acamoth: Hizo un cielo sin conocer el Cielo, modeló a un hombre sin conocer al Hombre, hizo aparecer una tierra desconociendo la tierra, y así, en todas las cosas, ignoró, según ellos, los modelos de los seres que hacía.

Ignoró incluso hasta a su Madre misma: se creyó él ser todas las cosas. La causa de una tal presunción se debió, según ellos, a que la Madre decidió producirle como cabeza y principio de su substancia y Señor de toda la obra de su creación. A esta Madre llaman también Ogdóada, Sabiduría, Tierra, Jerusalén, Espíritu Santo y Señor en masculino. Ocupa ella el lugar Intermedio: y está sobre el Demiurgo, mas por debajo y fuera del Pleroma, por lo menos hasta la consumación final.

5,4. La substancia híllica por tanto, según ellos, ha surgido de tres pasiones: del temor, de la tristeza y de la turbación. En primer lugar, del temor y de la conversión han salido los seres psíquicos (animales): pretenden que el Demiurgo ha tenido su origen de la «conversión», en tanto que del temor proviene el resto de la substancia psíquica, a saber, las almas de los animales mudos y de los hombres. Por este motivo el Demiurgo, demasiado débil para conocer lo espiritual, se creyó el único Dios y dijo por boca de los profetas: «Yo soy Dios, y no hay otro dios fuera de mí». En segundo lugar, de la tristeza han salido, según su enseñanza, los «espíritus del mal»: Es en ella donde han tenido su origen el Diablo, al que ellos llaman también «el Gobernador del mundo»; los demonios y toda la substancia del mal. Mas dicen que, mientras el Demiurgo es el hijo psíquico de su Madre, el «Gobernador del Mundo» es la criatura del Demiurgo; sin embargo el Gobernador del mundo conoce lo que hay sobre él, porque es un «espíritu» del mal, en tanto que el Demiurgo lo ignora, por ser de naturaleza psíquica. Su Madre reside en el lugar supraceleste llamado el «Intermedio», el Demiurgo en cambio en el lugar celeste llamado la «Hebdómada»; en cuanto al Gobernador del mundo, habita en nuestro mundo

En tercer lugar, del pasmo y de la turbación han surgido como de cosa menos *sensata*, tal como dijimos anteriormente, los elementos corpóreos del mundo; la fijación del terror ha dado como fruto, la tierra; el movimiento del temor ha dado el agua; la coagulación de la tristeza ha producido el aire; en cuanto al fuego, se halla en todos los elementos como su muerte y corrup-

ción, de la misma manera que la ignorancia, según ellos, se halla oculta en las tres pasiones.

Origen del hombre

5,5. Cuando el Demiurgo creó el mundo, creó también al hombre, «del polvo de la tierra»^a, tomado no de esta tierra seca, sino de una substancia invisible y de una materia fluida e inconsistente. En este hombre, declaran ellos, insufló^b después al hombre psíquico. Y tal es el hombre que fue hecho «a imagen y semejanza»^c. Primeramente, «según la imagen», el hombre es hílico, próximo a Dios, pero sin ser consubstancial a él. Después, según la semejanza, el hombre es psíquico. De donde proviene que la substancia de este último sea llamada «espíritu de vida»^d, porque procede de un flujo espiritual. Después, en último lugar, dicen que el hombre fue envuelto en «una túnica de piel»^e: según su creencia, esta túnica parece ser el elemento carnal perceptible por los sentidos.

5,6. El alumbramiento, que había realizado su Madre, es decir Acamoth, al contemplar a los Ángeles, que rodeaban al Salvador, era consubstancial a ella, por tanto espiritual; por eso fue ignorado por el Demiurgo. Fue depositado secretamente en el Demiurgo, sin saberlo él, a fin de ser sembrado por su medio en el alma, que proviene de él, así como en el cuerpo hílico: gestado así en esos elementos, como en una especie de seno materno, podrá crecer y llegar a estar preparado para recibir al Logos perfecto. Por tanto, según ellos, el Demiurgo no advirtió al «hombre espiritual», sembrado por la Sabiduría en el interior mismo de su hilito a causa de un poder y una providencia inenarrables. Tal como había ignorado a la Madre, así ignoró también a su simiente. Esta simiente, dicen también ellos, es la Iglesia, figura de la Iglesia de arriba. Tal es el hombre que pretenden que hay en ellos:

5,5 a) Gen. 2, 7. I Cor. 15, 47; b) Gen. 2, 7; c) Gen. 1, 26; d) Gen. 2, 7; e) Gen. 3, 21.